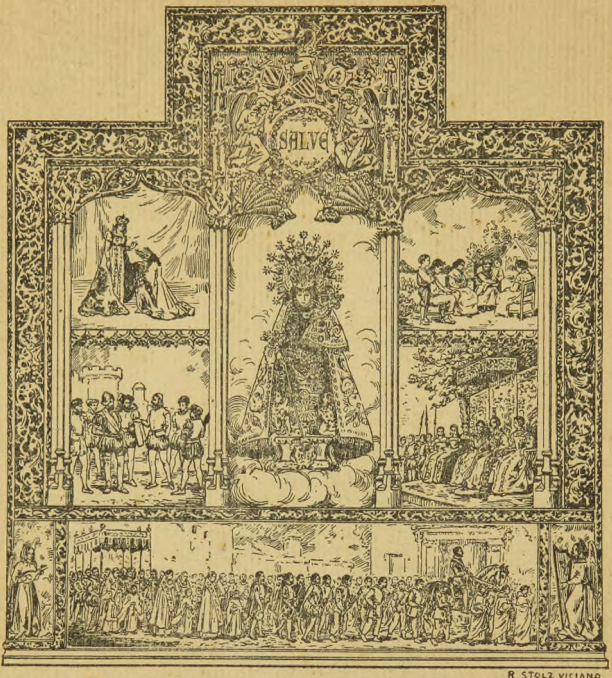

¡Salve! retablo mariano

por

Víctor Espinós

Representado en el Teatro Principal de Valencia, los días 15, 17 y 18 de Mayo de 1923

SL. 49.000
Compra
3/2011

¡Salve! retablo mariano

Homenaje artístico del Comité de Coronación de la Virgen de los Desamparados

R-856.702

R. STOLZ VICIANO

¡Salve! retablo mariano

por

Víctor Espinós

Representado en el Teatro Principal de Valencia, los días 15, 17 y 18 de Mayo de 1923

A mi madre.

Víctor Espinós.

¡Un momento...!

PERDONA, lector amabilísimo, que me interponga entre el deseo justificado de saciar tu ansia de lo bello, con la lectura del Retablo ¡Salve! de Víctor Espinós, y el instante de realizarlo...

Sepas, que yo participo de aquél, y si no fuera por el temor de desairar invitación cariñosísima, y despreciar la buena compañía con que el autor me brinda, no me culparías quizás de inoportuno.

...Es probable que hayas asistido a la representación del Retablo, y cuando no, es seguro que habrás leído o escuchado referencias de él.

Yo he tenido la suerte de algo más que de presenciar su representación: lo he vivido... Admite que exprese de este modo lo que parece una exageración, y no lo es.

Y de esto he de hablarte, con la brevedad que es debida.

En contacto con él he sentido vibraciones del alma que no había gustado jamás...

Vibra el alma con sensación desconocida en otra clase de obras dramáticas, porque se unen en los Retablos de Espinós, y quizás más que en otro alguno en el ¡Salve! que vas a leer, las

dos grandes emociones del alma...; la emoción religiosa y la emoción patriótica.

Aquélla nos pone en contacto con Dios, la suma bondad y la suma belleza, y por consecuencia, la suma elevación... Esta nos habla del solar en que hemos nacido, del trozo de cielo que nos cobija, de la tierra que nos brinda sus frutos, en la que reposan nuestros padres, sobre la que viven nuestros hijos y cuyas tradiciones son nuestra reserva espiritual...; y tiene por lo tanto un lenguaje de más que soberana elocuencia.

En España, Religión y Patria, son afortunadamente una sola cuerda formada de dos fibras, que vibra unísona en toda nuestra historia. El que sabe pulsarla tiene la seguridad de arrancarle una nota de sublime armonía...

Esto ha hecho Víctor Espinós.

Ha reunido en concierto admirable la Religión y la Patria... Y el Retablo, que sigue a estas desaliñadas palabras, es un acorde sonoro, emocionante, hermosísimo, nacido de esa fusión indisoluble y misteriosa.

La patria grande y la patria chica, visitándose, compenetrándose, uniéndose para asistir a la apoteosis religiosa de la Reina del cielo, tejen la Loa en la que vibra grandiosa el alma de una y otra, exaltándose en éxtasis de recuerdos y de esperanzas, para caer de rodillas unidas en abrazo estrechísimo a los pies de la Virgen de los Desamparados que va a recibir la corona...

La patria valenciana, viviendo en esa huerta, que es ramo de flores y canasto de frutos, trasmitiéndose la fe y la plegaria de generación en generación, entre viejos que se duermen pensando en la Madre de Dios, y niños que dejan sus juegos para consagrarle sus oraciones...

La visión de nuestra historia, en que grandes como Cervantes y Moncada, los Virreyes y Ribera; y pequeños como los hampones y galeotes, después de cantar las páginas sublimes y tiernas de aquélla, caen de rodillas al paso del Santo Cáliz y ayudan a dar

gracias a los cautivos que ofrecen a la Virgen sus ya rotas cadenas...

Y sobre todo, la apoteosis final, más para ser sentida que para ser leída, en que los personajes de nuestra historia patria y los que en América viven de la savia de ella, después de rendir pleitesía a las Imágenes de su especial devoción, se congregan en derredor de la Virgen de los Desamparados para caer de rodillas ante su aparición, cuando España, en el idioma valenciano, y renovando el milagro de los Apóstoles al recibir el Espíritu Santo y de S. Vicente Ferrer cuando evangelizaba Europa de que todos le entendieran, recita las sublimes estrofas de la Salve...

¡Todo es una vibración colosal, inmensa, inacabable de esa cuerda que hace escuchar fundidas sonoridades del cielo y cadencias de la tierra...; que hace sentir en el corazón algo tan grande que no cabe en el pecho y lo ahogaría si no pudiera escapar por esas válvulas de seguridad que ha puesto Dios en nuestros ojos y que se llaman lágrimas...!

Esto es el Retablo ¡Salve...!

Vas a leerlo... y no debo meterme en filosofías que demuestren esta tésis, puesto que desde que comiences su lectura vas a participar del convencimiento con que la sustento.

Religión y Patria van a hacerte sentir... Y Religión y Patria vestidas con un ropaje mitad heroico y mitad emotivo, de una factura insuperable.

¡Pasa adelante ya...! Que no me es lícito hacerte esperar por más tiempo. Quiero cumplir con el autor demostrándole que he sabido percibir su pensamiento, y contigo, lector, deteniéndote solamente un momento...

J. Prósper Bremón.

28 Mayo 1923.

Dos palabras del autor

El retablo *¡Salve!* es, acaso, entre sus hermanos, el que más plenamente responde, por su estructura, al concepto que tenemos de estas representaciones escénicas ocasionales, cuyo curiosísimo abolengo, al par que nos abruma, nos excusa de todo intento de justificación.

Por lo que toca a aquellas jornadas de mera imaginación no nos queda sino someterlas al fallo público sin enojosas explicaciones.

La evocación histórica contenida en la jornada segunda, ya justifica dos palabras de nuestra parte. Pretende ser una rememoración de la Valencia del siglo XVI, cinco años y medio después de Lepanto. Cervantes, alistado en Valencia para la gran jornada naval, vuelve redimido de Argel; es en Denia donde desembarca, libre ya de la desgracia y la ignominia de la esclavitud. Es en Valencia donde escribe a sus padres dándoles la nueva de su libertad y es un mercader valenciano, Estéfano Arraguces, quien portea la misiva a Madrid.

El capitán Miguel de Moncada pudo ver y hablar en Valencia al que fué su soldado en la galera *Marquesa*.

¿Es inverosímil que se celebrase en la capital del histórico Reino valenciano la brillante y devota procesión de cautivos, teniendo en

cuenta la intervención que en muchas redenciones tomara el Beato Patriarca Juan de Ribera, no faltando quien diga que ayudó con su dinero a varias y que acaso contribuyera a la del Príncipe de los Ingenios españoles?

Pues esto es lo que hay de historia en ese cuadro: lo demás está al amparo de las licencias que nuestro padre Horacio otorgó *pictóribus atque poetis*. Por ello hablan el sentencioso Guzmán de Alfarache—con permiso de Mateo Alemán—y la graciosa y discreta *Preciosilla*, cuya salida en el retablo perdonará, sin duda, de mejor grado el inmortal creador de la bellísima figura, que el verse traído y llevado en efigie. ¡Válganle al autor del retablo su intención y la protesta pública de que nunca se atreviera a jugar con la gloriosa memoria del autor del Quijote si no lo hiciese para honrar y glorificar a la madre de Dios, Nuestra Señora la Virgen María, de que era tan singular y devoto siervo el marianísimo Cervantes Saavedra, y para enfervorizar los pechos españoles de hoy con la remembranza de las glorias de la patria más digna de amor de que puede ufanarse un hombre!

Valencia fué siempre España; su egregia Patrona la Virgen de los Desamparados tiene resplandores de devoción en todo el ámbito español. ¡Cierto que el foco levantino de esa devoción es como para dar luz y calor a todo un reino!

El autor, por último, no sabría encarecer la gratitud imborrable que le merece el acogimiento que este modesto fruto de su ingenio y de su vivo amor a la Virgen de los Desamparados ha logrado del público valenciano, como juzga imposible elogiar y agradecer debidamente el acierto, la gracia y la insigne abnegación con que han sabido forjar el éxito intérpretes y escenadores.

V. E.

Personajes que aparecen en el

Retablo

y personas que los representan

LOA. *España*, Srta. Rita Cañada.—*Valencia*, Srta. Elvira Adriaensens.

Cuadro I. *La Yaya*, Srta. María Ramón.—*La Madre*, Srta. Ramona Martínez Agulló.—*El Padre*, Sr. Manuel de Tudela.—*Niña 1.ª*, Srta. María Cort.—*Niña 2.ª*, Srta. Carmen Piquer.—*Niños 1.º, 2.º y 3.º*, Sres. Enrique, Federico y José Luis López Pampló.—*Pepeta*, Srta. Agueda Leonarte.—*El Novio*, Sr. Vicente Pampló.

Cuadro II. *Pregonero*, Sr. Luis Guarner.—*Estéfano Arraguces*, Sr. Vicente Sanchis Creixach.—*Mercader 2.º*, Sr. José Burañes.—*Miguel*, Sr. Javier del Arco.—*Capitán Moncada*, Sr. Luis Soler.—*El Forasteret*, Sr. Vicente Ramírez.—*El Pelat*, Sr. Manuel de Navarrete.—*Bocatorta*, Sr. Eduardo Antón.—*Guzmán de Alfarache*, Sr. Luis Gascó.—*Hampón 1.º*, Sr. Manuel de Navarrete.—*Hampón 2.º*, Sr. Vicente López.—*Hampón 3.º*, Sr. Angel Moliner.—*Figonero*, Sr. Francisco Calatayud.—*Figonera*, Srta. Concha Pampló.

Marineros: Sres. Francisco Oliag, Antonio Rol-

dán, Pedro Vicent, Manuel Alcamí, Fernando Sancho, José Ramírez, Arturo Roig y Francisco Serra.

Tipos populares: Srtas. M.ª Teresa Alonso Gascó, Amparo Almenar, Amparo Agustín, Fina, Irene y Catina Berga, Consuelo Corbí, Adela y Carmen Castells, Fina Calleja, Leonor Despujols, María y Eladia Díez Ulzurrum, Teresa Ferraz, Tina Gil, Andrea González, Luisa Gimeno, Virginia Lloris, María Molero, Julia Manglano, Pilar Montesinos, María Oliag, María y Concha Piniés, Pilar Portillo, Josefina Prefaci, Dorita Puig, Carmen Planells, Manolita Peirats, Amparo y Josefina Rico, Carola Reig, Concha Rodríguez Paterna, Concha y Angeles Sanz, Isabel Testor, Rosario Trénor, María Vallier, Emma Vañó, Elisa y Pilar Verges, Lola Guardiola, María Atard y Elena Balader.

Sres. Pascual Merita, José Marco, Tomás Falcó, Carlos Aleixandre, Guzmán Guía, Luis Vidal, Manuel Monforte, Fernando Manglano, Rafael Córdova, José G. de Barreda, José Berga, Luis Córdova y Jesús Lara.

Gitanas: Srtas. M.ª Victoria Vila, Concha Barberá, M.ª Luisa Cisneros, Teresa Ramón, Manolita Agustín, Elvira Burriel, Teresa Sarzo, Anita Guzmán, María Rico, Concha Rueda.

La Gitanilla, Srta. Gabriela Ibáñez.

Los Virreyes: Sr. Luis de Jáudenes y Srta. María Francisca Zaragoza.

Damas: Srtas. María Sancho, Aurora Pérez-Caballero, Carmen Jáudenes, Pilar Piniés, Luisa Castillo, Cristina Tasso, Carmen Manglano y Carmen Lamo.

Patriarca Ribera, Sr. Joaquín de la Cuadra.

Jurados: Sr. Enrique Trénor, José Testor, Rafael Dasí, Salvador Zaragoza, Manuel Llovera y Teodoro Llorente.

Caballeros: Sres. Conde de Calderón, Miguel Caro, Rafael Burguera, José Luis Merita, Eduardo Molero, Eulogio Trénor, Jaime Vañó, José Ballesteros,

Aurelio Costa, Eduardo García, Rafael Jimeno, José Ochoa, Alfredo Gómez, Manuel de Torres y José Rodrigo.

Archeros: Sres. Emilio Sabaté, Rafael Raga, José Oliag, Pascual Guillem, José Payá, Salvador Ribes, Jesús Ballesteros, Ramón Sancho, Elías Ros, Luis Ibáñez, José Taléns, Manuel Blanco y Vicente Albiol.

Clérigos: Sres. Manuel Lleó, José Llopis, Enrique Torres, Antonio Ramón, Francisco Bonora, Ramón Villarroya, Joaquín Almanzón y Mariano Esteban.

Frailes de la Trinidad: Sres. Antonio Alvarez, Rogelio Hernández, Francisco Testor, José Cobo, Luis Tamarit y Fernando Mazarredo.

Frailes de la Merced. Sres. José M.ª Boned, Luis Soler, José Falcó, Antonio Serna, Manuel Atard y Pablo Barrachina.

Niños de la Misericordia: Sres. Jesús Nogués, Francisco Carreres, Luis Cisneros, Blas Tello, Félix Alegre, Luis Gascó, Antonio Espinós y José Bermejo.

Cautivos: Sres. José M.ª Corbí, Ernesto Alonso, Ricardo Brugada, Rafael Conejos, Jaime Gastaldi, José M.ª Lluch, Manuel Navarro, Vicente Serra, Francisco Villanueva y Francisco Ramón.

Maceros: Sres. Luis Molero, Rafael Vañó, José Lajara y Francisco Nogués.

Pajes: Sres. Francisco Prefaci, Rafael Gascó, Cristóbal Guardiola, Eduardo de Arnedo, Eduardo Carles, José Prefaci, José Gascó, Vicente Balader, Juan Bover y Julio Cisneros. Srtas. Amparo Prefaci, Adela Marín, Portillo, A. Espinós y M.ª Luisa Vallier.

Incensarios y Hacheros: Sres. Enrique y José Cerveró, José Espinós, Fermín Villarroya, Enrique Tudela y Fernando Cort.

Porta-literas: Sres. Enrique Agustín y Joaquín D. de Rivera.

Cuadro III. *Ntra. Sra. de los Desamparados,* Srta. Blanca Manglano.--*Don Pelayo,* Sr. Tomás Lechón.--*Un guerrero,* Sr. José Colomina.—*Asturianos:* Srta. Lola Barberá y Sr. José M.ª Barberá.—*Los Reyes Católicos:* Srta. Pilar G. de Barreda y Sr. Vicente Reig. —*Andaluces:* Srta. Lola Molero y Sr. Carlos Mejías.—*Agustina de Aragón,* Srta. Rafaela Zaragoza. —*General Palafox,* Sr. Julio Porres.—*Baturros:* Srta. Carmen de Arnedo y Sr. José Gómez.—*Legazpi,* Sr. Arturo González del Río.— *Vascos:* Srta. María de Tudela y Sr. José Pelegrí.--*El C. de Barcelona,* Sr. Rafael Esturí.—*Payeses:* Srta. Fina Fortuny y Sr. José Alcamí.—*Felipe III,* Sr. José M.ª Costa.—*Lope de Vega,* Sr. Gregorio Lleó.—*Figuras de Goya:* Señorita M.ª Luisa Adrián y Sr. Antonio Piniés.—*Un Inca,* Sr. Manuel Agustín.—*Hernán Cortés,* Sr. Francisco Algarra.—*Mejicanos:* Srta. Rosa Sanz y Sr. Pablo Meléndez.—*Mendoza,* Sr. Juan Pérez de los Cobos. —*Gauchos:* Srta. Sagrario Planells y Sr. Miguel Monllor.—*Labradoras:* Srtas. Joaquina Font de Mora, Salud Prósper, Rafaela Louise, María Sanchis Banús, Rosario Sanchis Creixach, María I. Vallterra, Concha Navarrete, Matilde Llorente, Estrella Albacar, María Prefaci, Josefina Corbí, Lola Vallier, María y Carmen Manent, Lola Monllor, Concha Piquer, María Serra, María de Arnedo, Vicenta Aragonés, Isabel Sarzo, Concha Tasso, Rosario Borso, Carmen Cavanilles y Milagro Montesinos.

APUNTADOR
Sr. D. Jaime Lloret

SEGUNDO APUNTE
Sr. D. M. de Navarrete

MAESTROS DIRECTORES Y CONCERTADORES
Sres. D. Vicente Ripollés, Pbro., y D. E. López Chavarri

DECORADO
Sr. D. Federico Igual

LOA

LOA

Telón corto, negro, con la corona real y escudos de España y Valencia.

ESPAÑA.

A verte vengo, mi hija.
A verte vengo, Valencia,
y es el amor quien me trae
y el orgullo quien me alienta;
pues vistes con tu hermosura
los pensiles y las vegas,
y, después de embellecerlos,
(como otros tales no hubiera)
con solo mirallos, tantas
gracias tienes, que aún te restan
para el rostro galanía,
para el ánima nobleza.

VALENCIA.

Dejad que humilde y gozosa
vuestras plantas apetezca.
(Va a arrodillarse y España la detiene).

ESPAÑA.

A verte vengo, dejando
mil cuidados que me aquejan,
pues como madre, me importa

convidarme a vuestra fiesta
que es mi fiesta, ya que al cabo,
si coronais a la Excelsa
Reina, de Dios mesmo alcázar,
¿Faltara yo, si es mi Reina?

VALENCIA.

Bien venida, la mi madre
España, llegada seas
en buen hora: el corazón
me anticipaba la nueva
de tu arribo al fiel hogar
donde impaciente te anhela
quien nunca dejó de amarte.
Cuando eras del mundo dueña
con amor de admiración,
y cuando no, con terneza,
siempre en brasas en el pecho,
para tí inextinta hoguera,
de quien al decir tu nombre,
glorioso siempre, lo besa.

ESPAÑA.

¿Tu corazón me anunciaba?

VALENCIA.

Cierto; mas cruel cantilena
repetíale confusas
muy más tristes advertencias.
«No vendrá, que inútilmente
tu afecto filial la espera.
Sus desdichas la acobardan,
la malmeten sus tristezas.
España ya no es España.
Ya no es España, Valencia.»

Foto. Novella.

ESPAÑA.—Srta. Rita Cañada.

España.

(Con dolida altivez).

Los ciegos o mal nacidos
agoreros que tal piensan,
pintan de España el trasunto
de espaldas a España mesma.
Y cuando el pincel, cansado
de mentir, el lienzo muestran,
gritan a propios y a extraños
(a extraños, que es más vergüenza):
«Esta, entristecida y pobre
de cuerpo y alma, maltrecha,
visionaria e ignorante,
fanática, rancia y vieja,
justo ludibrio del mundo
del saber... ¡España es ésta!... (Crece su exaltación).
No es España: no soy yo,
no es tu madre, ¡oh, mi Valencia!
Es otra España fingida,
falsificada, contrahecha,
en mentes envenenadas
o en corazones de piedra,
y si es verdad que cuidados
muy importantes me estrechan
y acometen, no son ellos
los que impedirme pudieran
llegar aquí, en la propicia
ocasión, en que, por fuerza
del amor, más diligente,
benigna y dulce acogiera
dolor y cuitas de agora,
la que esclarece mis gestas
del resplandor de su gracia,
desde la escondida cueva
donde hizo llama la antorcha
de mi vida, que aún flamea,

puesto que osar extinguilla
(osadía infame o necia)
con huracán de calumnias
o pestilente humareda
de leyendas mentirosas,
es como querer, Valencia,
matar la lumbre del sol
a soplos, desde la tierra.
¡Aún soy España!

VALENCIA.

Sosiega
tu dolido corazón
madre, que fué la impaciencia
de tu vista, el mismo afán
quien trajo la duda artera.

ESPAÑA.
(Acariciándola).

¿Cómo habías de ser tú
quien el consejo acogiera
de menospreciar al Cid
(porque es muerto y no campea),
y de hollar su casco altivo
con los cascos de Babieca?
Humillada ante María
eres mi hija predilecta.
Porque te amo vengo a verte,
¡porque sufro... vengo a verla!

VALENCIA.

Y yo, madre, en albricias de tu llegada
ofrecerme he a tus ojos engalanada
y prenderé en tu armiño todas las flores
que esmaltan mis llanuras y mis alcores.
Y en nácares marinos pondré, sutiles,

Foto. Boldún.

VALENCIA.—Srta. Elvira Adriaensens.

las esencias del nardo de mis pensiles
que concentran los vivos del Sol destellos,
y así ungiré las crenchas de tus cabellos;
y he de poblar los aires con la armonía
que brotó de los pechos, siempre encendidos,
de aquellos trovadores enardecidos
por el fuego sagrado de poesía.
Te ofreceré las farsas de Timoneda,
las estrofas de Polo, Virués y Artieda;
y de Guillén de Castro las invenciones
de quien el mesmo Lope tomó lecciones;
El fragor de torrente de fe y de ciencia
de Aparisi, monarca de la elocuencia.
Las estancias mejores
de Querol y Llorente, mis ruiseñores,
de oro abejas, que cruzan mis naranjales
y en su fronda olorosa labran panales,
escondiendo en las brescas de miel hiblea
el olor de los huertos de Galilea.
De Manises la gracia de mis artífices,
que con el barro amasan por brujería
reflejos cegadores del medio día,
para solios de reyes y de pontífices.
De mis sedas joyantes el gran prestigio
que, por raro prodigio,
conservan su prosapia, rica y galana,
en el brial garboso de la huertana,
y es oriental, hierática, prócer, patricia,
en la veste sagrada catedralicia.
En el alma del pueblo, como en un arca,
el recuerdo sagrado del Patriarca;
de Vicente la austera santa memoria;
cuanto forma el orgullo de nuestra historia,
tradiciones, leyendas, guerras, amores;
lo que vibra en mis cantos o en mis dolores.
¿Qué más te diere?

por alcázar, Señora, si yo pudiere,
la alcatifa moruna de la mi huerta
que aún añora el Califa cuando despierta;
De mi mar la hermosura casi divina
que acentúa la blanca vela latina.
¡La cúpula del cielo, toda estrellada,
toda azul... como un manto de Inmaculada!
Si esta es de mi cariño la ejecutoria,
es para mí gloriosa... ¡porque es tu gloria!

ESPAÑA.

¡Con cuánto gozo te escucho!
¡Cómo suenan en mi pecho
tus palabras, que acendrado
de patrio amor templa el fuego!
No: no desmientes la hidalga
condición de tu abolengo
que supiste levantina
ser y castellana, a un tiempo,
sin hacer de mi ternura
arma, feria ni señuelo,
sin arañar en tu historia
motivos de amarme menos,
antes buscando en la mía
razones de amor más tierno,
y oyéndote conmovida
subir a mis ojos siento
el licor que es el de las almas
estremecidas consuelo. (Llora).

VALENCIA.

¿Tú llorar?...

ESPAÑA.

De gratitud
que a la ofensa bien me yergo,
mas a la emoción suave

del amor, rindo mi pecho,
para la caricia, blando,
para la injuria, de acero.
Y así, Valencia, los dones
que me ofreces, agradezco.
Pero, por tu vida, dime:
si te me das por entero;
si flores, cantos, leyendas,
santidades y misterios,
artes, ciencias, naturales
maravillas, tierra y cielo
has derramado a mis pies,
¿qué resta para ofrecer
a la Reina Soberana,
Madre de Dios Unigénito,
Virgen, de Desamparados
en la tierra luz del cielo?

VALENCIA.

Aún me queda el corazón,
el corazón de mi pueblo,
que a sus plantas divinales
pongo, y avisarte debo
de que no es pobre la ofrenda
(aunque si piensas en ello,
¿qué presente, qué homenaje
digno de Ella ofrecer puedo?);
mas mi corazón, Señora,
es ofrenda que presiento
ser oblación de su agrado,
porque tú, España, vas dentro,
y en tal candente turíbulo
te quemas como un incienso
que de aromas españoles
(cual oloroso romero
que sencilla devoción

desparrama por el suelo
embalsamando el camino
que ha de andar el Sacramento)
perfuma de mis plegarias
el ignorado sendero,
hasta que arriban, fervientes,
de María al Trono mesmo.
Y ansí Valencia es España,
de este modo, aun el cielo!

ESPAÑA.
(Con gran ternura).

Y toda España es Valencia
sabedora de tu empeño
y a honrarte en tu devoción
predilecta va mi reino.
Hija entre mis hijas noble,
en cuyas manos de ensueño
y al conjuro de lealtad
hacerse el prodigio veo
de haber florecido en rosas
las brancas del roble viejo
de mi historia, y el azahar
cordial de tu firme afecto
ser... como flor de la encina
que no la deshoja el viento
por más que iracundo ruja,
por mucho que sople recio.
¡Tu alegría es mi alegría
y en ella a gloriarme vengo!
¡Bien hallada!

VALENCIA.
(Arrodillándose).

¡Bien llegada, (Besando el manto de España).
Madre inmortal, a mi seno!

TELÓN.

JORNADA I

JORNADA I

(La devoción de la Virgen a través de las generaciones).

Un rincón de la huerta de Valencia.

A la derecha, frente y costados grupos de barracas. Dos de ellas, puerta practicable. Poyos en ambos lados de las puertas. A la izquierda, nace y va a morir tras el grupo de barracas, la barda de seto vivo con acceso practicable de palos cruzados. Ultimo término silueta lejana de Valencia acusada sobre el crepúsculo vespertino, que se va acentuando progresivamente hasta el final del cuadro.

EPOCA ACTUAL.

Al levantarse el telón aparecerán en escena, jugando en silencio a un juego corporal cualquiera, los niños. En la barda, de la parte de afuera «El novio», de la de dentro «Pepeta» en silenciosa plática.

Llenan el aire los rumores misteriosos del Angelus. Una campana lejana; las esquilas de un ganado que pasa cerca y se aleja.

Sobre este fondo, cruza una voz de mujer que canta estas coplas:

Ni te canses, ni me busques,
ni me vuelvas a escribir.
Si no tienes fe en la Virgen
No puedo tenerla en ti.

—

Valenciana, valenciana:
mira si 't voldré yo bé
que sen yo de Deu la Mare
soc mare teua també.

—

Poco después sale la «Madre», bajándose las mangas del jubón, como quien deja las faenas domésticas.

LA MADRE.—Ya está bien por hoy (advierte la presencia de la pareja enamorada y repite en voz alta e intencionada). Sí: ya está bien por hoy... («El novio» se aleja precipitadamente. La novia va recogiendo ropa tendida sobre los arbustos de la barda, y viene al primer término). No enredéis (a los chicos) demasiado. Tú (a Pepeta) dobla la ropa y métela en el arca, si está oreada. Dale una vuelta a la cena, que está al venir tu padre. (Vase Pepeta).

CHICO 1.º. —¿Cenaremos pronto, madre?

LA MADRE.—¿Qué prisa tienes? ¿Hay hambre?

CHICO 1.º. —Es para llegar a tiempo a la fiesta.

LA MADRE.—Ya os dije que la fiesta es hoy aquí. Es el santo de la yaya. Es muy viejecita. Ella no puede ir, ¡siempre fué, la pobre! y todos la acompañaremos. Después tendréis cañamiel, uva colgada y las nespras que tanto os gustan... Pero hoy ¡a rezar con la yaya! ¿no os parece?

LOS CHICOS (palmoteando de alegría).—¡Eso, eso! ¡A rezar con la yaya!

LA NOVIA (saliendo).—¡Qué bien está eso, madre!... Que la Madre de Dios nos la conserve muchos años... ¡Pobre yaya!

LA MADRE.—¿Tú también te resignas a no ir?

LA NOVIA. —La Virgen lo verá con alegría, de seguro.

LA MADRE.—Y tu madre, tu madre también.

CHICO 2.º. —¿Yo también tengo que rezar?

LA MADRE.—Claro que sí, muñecote.

CHICO 2.º. —¡Es que a mí no me gustan las nespras! (La madre le da un cariñoso pescozón).

EL PADRE (entrando con la azada al hombro).—¿No me sale a esperar nadie?

LOS CHICOS (corriendo hacia él).—¡El padre, el padre!

EL PADRE (repartiendo caricias entre la chiquillería).—Pero dejadme entrar, chiquillería... (a su mujer) Buenas tardes, Remedios. Vengo cansado. Me ha cedido el agua Vicente, el de Godella, que quería llegarse a Va-

Foto. Derrey.

PEPETA.—Srta. Agueda Leonarte.

Foto. Novella.

LA FIGONERA.—Srta. Concha Pampló.

lencia y he sangrado la acequia bien. ¡Esto es regar de buena verdad! Pero tengo la cintura doblada. (Se sienta en un poyo.) Un poco de agua fresca, mujer.

LA MADRE.—¿Agua fresca... o agua...rdiente?

EL PADRE.—Un nubladito, vaya. Pero que no esté muy nublado.

PEPETA. —Iré yo, madre. (Vase).

CHICO 2.°. —¿Me dejará? (a su padre).

EL PADRE.—¡Te dejaré!

LOS CHICOS.—¡Y a mí!... ¡Y a mí!...

LA MADRE (riendo).—Y vosotros, ¿le dejaréis? (los aparta suavemente. Toma el pichel de manos de la muchacha y se lo da al padre). Toma, marido.

EL PADRE.—La Virgen os lo pague, mujer. (Bebe con gran satisfacción. Después de limpiarse con el pañuelo de hierbas, dice:) ¡Está esa huerta que hace gozo!

LA MADRE.—Ya se alargan los días.

EL PADRE.—Es como si el sol tuviera pena de dejarla... ¡Todo en flor, promesas de colores del pan para todos, para vosotros! Del blanco de nieve de la flor de la toronja hasta el rojo de sangre de los granados... ¿Y el olor? Parece el incienso de la tierra blanda, molla, al cielo que la protege.

LA MADRE.—A la Madre de Dios que la ampara.

EL PADRE.—Eso mismo pensaba yo. ¡De rodillas debíamos cavar y escardar estos bancales bendecidos!... (Pausa). ¿Y qué hay pensado para hoy? ¿Quién va a Valencia?

LA MADRE.—Nadie. Todos se alegran de rezar aquí con la yaya, con tu madre.

EL PADRE (gozoso y conmovido).—¿Todos?... ¿Hasta tú, muchacha?

PEPETA. —¿Por qué no?

EL PADRE.—¿Qué sé yo? La mocedad... Yo también he sido mozo... Aquí, pues, tendremos rezo y procesión y todo... Eso... ¡y procesión! Veréis, hijos... Sa-

caremos a la yaya, y la sentaremos en su silla, de frente a Valencia, para que la mire bien mientras rezamos... por si es el año postrero de su vida... ¡Llenais de gozo mi alma, hijos!... ¡Pobre vieja mía!...

(Todos entran en la barraca y salen formados como un cortejo procesional. Los chicos delante, simulando la música. Detrás la yaya apoyada en los hombros de Pepeta y del chico mayor. Después el Padre llevando la silla de brazos. En este momento se oye lejano el toquede de chirimías de los «nanos y chaganis», campaneo lejano asimismo y vense sobre Valencia los hilos de luz de los cohetes. El cortejo familiar avanza hasta colocar la silla en una elevación del terreno).

LA YAYA. —Locos... más que locos... ¡Que me tirais! ¡Que me vais a tirar!

LOS CHICOS.—¡Viva la yaya!

(Lejos se oyen ya los rumores de la procesión).

MÚSICA.

(Constituido el cuadro que preside, sentada, la yaya, teniendo en sus rodillas al chico 2.°, y distribuídas las figuras restantes del modo más natural posible diga).

LA MADRE.—Yaya; cuando usted disponga...

CHICO 2.°.—Bueno; pero la cañamiel y la uva, ¿son antes o después?

EL PADRE.—Calle el charlatán. ¡Vamos, madre!

(Santiguanse todos).

(En este punto aparezca «el novio» quien, requerido a señas por Pepeta para que se aleje, se niega a hacerlo: descúbrese reverente, y, hecha la señal de la cruz, parezca dispuesto a incorporarse al rezo familiar.)

LA YAYA. —A la Madre de Dios y de los Desamparados, que nos ampare y nos asista. Dios te salve María.....

TODOS. —Santa María.....

YAYA. —Dios te salve María.....

TODOS. —Santa María.....

(Pausa).

CHICO 2.°. —Madre: la yaya se ha dormido.....

LA MADRE.—Dejadla, y rezad bajito. Los viejos cuando duermen es como si rezaran. Yo me he dormido meciendo vuestra cuna muchas veces, y al despertar he visto que había seguido meciéndoos..... Dejadla...

EL PADRE. —(A un movimiento del Chico 2.º y temiendo que caiga de la falda de la yaya). ¡Ese chico!

LA MADRE.—No pases pena... No tenéis idea los hombres de cómo sujetamos las mujeres a los niños cuando nos dormimos. Es un secreto del instinto de madre. Sigamos el rezo. Continúa tú, Luis, puesto que estás ahora en la silla *pairal*.

CHICO 2.º. —Dios te salve María, llena eres de gracia.....

(Va cayendo el telón lentamente. Cuando ya ha caído aún se oye la vocecilla del niño sobre el fondo musical que no cesará de un modo brusco, sino apianando progresivamente).

JORNADA II

JORNADA II

(Cuadro histórico)

El Plá del Remey. Primer término derecha, fachada de casa vulgar con puerta practicable: un figón, sobre el que la muestra en caracteres de la época dirá: «Hostal del Remey». Izquierda: estrado con acceso de gradas visible. Izquierda y derecha, segundo término, bocacalles. Derecha fondo: oblicua foro cuartel con letrero que diga «Casa de Armas». Fondo izquierda, frente: pórtico de acceso al convento de Ntra. Sra. del Remedio con graderías. Las puertas del templo practicables. Sobre el estrado, toldo sujeto a la fachada del figón.

VALENCIA, 1576.

Soldados, gentes del pueblo, caballeros, marineros.
A la derecha una mesa como de figón, largos bancos. Gentes de mar, pícaros, etc., bebiendo o jugando a los dados, o a pares y nones.

UN PREGONERO (que aparecerá en el centro, delante, rodeado del pueblo y precedido de tambores, dará lectura al siguiente pregón:)—Nobles y buenas gentes. De orden de la autoridad del señor Virrey se hace saber: que para guardar las buenas y piadosas costumbres de la ciudad ha de celebrarse en el día de hoy, por la carrera que es de uso, la solemne procesión de los cautivos, en la que figurarán veinte de ellos, cuyos nombres y filiaciones constan en el Regimiento, donde podrá verlos el que quisiere. Desembarcados en Denia depositarán aquí sus cadenas al pie de la Madre de Dios, en señal de agradecimiento. Las nobles

y buenas gentes de Valencia sabrán, como siempre, amparar y acompañar a estos hermanos en su devoto ofrecimiento. De orden del Virrey se hace saber.

(Suenan de nuevo los tambores. Vase el pregonero. El pueblo, que se había aglomerado para oir, se desparrama de nuevo por la plaza. Quedarán en primer término izquierda, en pie, conversando, el capitán Moncada, Miguel, Mercaderes 1.º y 2.º y algún otro curioso).

MONCADA (a Miguel) —Desde el comienzo del pregón os conocí. Me doy albricias del encuentro (a los mercaderes). ¿Sabéis? Peleó a mis órdenes en Lepanto.

MIGUEL. —Y aún os diré que me alisté en Valencia para aquella empresa. También a mí me fué dado reconoceros, capitán Moncada; pero el respeto, junto con el temor de los cambios y mudanzas que a este sin ventura trajo la adversa fortuna, me coartaron. Soy vuestro siempre y os agradezco la buena memoria, que los infortunados nunca esperan del prójimo y así la estiman más.

MERCADER 1.º.—La quietud de esa mano—y perdonad—¿es hija de la guerra?

MIGUEL. —Sí, por el Cielo, y aún hay que darle gracias. Yo no sé ahora dónde tengo la mano izquierda. ¡Otros ignoran a lo largo de su vida dónde tienen la otra, pardiós!

MERCADER 2.º.—Tenéis el humor regocijado.

MIGUEL. —Llorar es bueno; pero reir es óptimo... si se ríe en caridad y con fin honesto.

MERCADER 1.º.—¿Y fué aquella jornada como la pintan?

MONCADA. —Nadie la pintará jamás como ella fué, porque siendo historia cuento parece. Decidles (a Miguel) si gustáis, alguna nueva de buen testigo como sois.

MIGUEL. —Con alma y vida, que es lición la de esa escuela que no hay cómo olvidalla. Veréis:

En el dichoso día que siniestro
tanto fué el hado a la enemiga armada
cuanto a la nuestra favorable y diestro,

Foto. Barberá Masip.

GUZMAN DE ALFARACHE.—Sr. Luis Gascó.

Director del retablo «Salve».

de temor y de esfuerzo acompañada,
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho
y de bárbara gente, y de cristiana,
rojo en mil partes de Neptuno el lecho.
La muerte airada, con su furia insana
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose a quién tarda, a quién temprana.
El sol confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo.
Los profundos suspiros lamentables
que los heridos pechos despedían
maldiciendo sus hados detestables...
Helóseles la sangre que tenían
cuando en el són de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conocían.
Con alta voz de vencedora muestra
rompiendo el aire, claro el són mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazón yo triste estaba,
con la una mano de la espada asida
y sangre de la otra derramaba.
El pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano
que a mi alma llegó viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento
que a veces me quitó todo el sentido.
Cuando me vea en más alegre estado
si vuestra intercesión, señor, me ayuda
a verme ante Felipe arrodillado,

mi lengua balbuciente y casi muda
pienso mover en la real presencia
de adulación y de mentir desnuda,
Diciendo: alto Señor, cuya potencia
sujetas trae, mil bárbaras naciones
al desabrido yugo de obediencia: [1]
aunque me duelan harto sinrazones
con que fortuna me oprimió en su lazo,
sin pagas, sin ventaja o galardones,
por España y por tí daré otro brazo.

MONCADA. —Y más os conozco ahora, alma de buen temple. Bien decíais. Grandes fatigas hemos compartido. Mas ¿dónde queda aquél sin igual regocijo con que oímos vitorear a Dios y a la Virgen en las negras entrañas de las galeras turcas, henchidas de hermanos, a quienes forzaba a remar el cautiverio, que para ellos en aquel punto, y con nuestra victoria terminaba? ¡Mezcla de cosas bárbaras y maníficas!...

MIGUEL. —Sin el influjo de éstas, ¿cómo lanzarse a las otras? Ved: sobre mi esquife, con mi docena de bravos, al costado de la «Marquesa» amenazado de mil muertes, decíame al herir: ¡España lo manda!, y al parar: ¡Válame la Madre sin mancilla!

MONCADA. —Capitana nuestra fué. ¿No sabéis? El Señor Don Juan de Austria, advertido por mí de que entrábamos en pelea justo en fiesta de Virgen valenciana, exclamó: «Por quien soy que le ofrezco por la victoria, si la merecemos, cien doblas de oro y el despojo que alcanzare, que irán a Valencia y quedarán a los pies de su santa imagen. Acordaos vos, Moncada»—me dijo—y extendiendo la dominadora diestra, brillante al sol el gallardo cuerpo como el del ángel de las divinas justicias, dió la orden, so-

[1] Cervantes. Epístola a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II.

Foto. Novella.

LA VIRREINA Y SUS DAMAS.

De izquierda a derecha. De pie: Srtas. Aurora Pérez Caballero, Cristina Tasso, Carmen Manglano, María Sancho y Carmen Jáudenes.—Sentadas: Srtas. Pilar Portillo, M.ª Francisca Zaragoza y Luisa Castillo.

naron las trompetas y lo demás... ya lo habéis memorado vos.

MIGUEL. —Peleasteis vos también como un valiente.

MONCADA. —Como un español.

MIGUEL. —Como un valenciano.

MERCADER. —Por la libertad de los mares dábais la sangre y es justo que quienes hacen de la mar camino, tal que nosotros, factores y mercaderes, os rindan gratitud.

MIGUEL. —Don Juan—ved que afirmo que, conociéndole no es lícito preguntar—¡Don Juan cumplió su voto!

MONCADA. —En la procesión que el pregonero anuncia lo podréis ver, que en su memoria se sacan a ella las armas y sedas del turco. ¡Doria y Barbarigo, Bazán y Colonna, Torremayor y Urbina, Santistéban y Castañeda...!

MIGUEL. —Y vos, capitán Miguel de Moncada...

MONCADA. —Resplandecerán por siempre en las historias, como instrumentos de la gloria del Señor Don Juan de Austria, de Filipo y del Papa, brazos de Dios, Nuestro Señor.

MIGUEL. —Y todo eso, con muchas cosas más, que por inefables se escapan, fulgirá siempre en este solo, españolísimo, y, por español, cristiano y mariano nombre de oro: ¡Lepanto...!

MERCADER. —¡Con razón le amáis!

MIGUEL. —Y tanto, que llena mi vida y en la noche de mi desventura ha sido luz, y en la amargura de mis hambres ha sido pan, y en todos mis dolores consuelo. Porque estuve en Lepanto se me da un ardite haber pisado Argel. Porque arribo de Argel, bien lo véis, roto, vergonzante, maltrecho, aun sobre la alegría de la libertad pongo el orgullo de haber servido a la Cristiandad, a mi Patria y al Rey en Lepanto, la más alta ocasión que vieron los siglos, ni podrán ver los venideros.

MONCADA. —¡Bravo soldado aquel a quien la esclavitud no merma el ardimiento!

MIGUEL. —Es que el ánima no estuvo cautiva, capitán...

(Estrechándose las manos. Todos asienten y sigue en voz baja el diálogo).

ESCENA II

El Forasteret, Bocatorta, El Pelat, Guzmán de Alfarache y otros de su cuerda, juegan y bromean en un extremo de la mesa que habrá ante la puerta del fígón, en la que el figonero estará apostado, mientras su hija va y viene al servicio de la clientela.

BOCATORTA (a la figonera).—¡Antes emborrachan tus ojos que este Benejama traidor, lucero!

FIGONERA. —¡Arre allá, que soy sólo de mírerne vuesamerced y no me toque!...

FORASTERET.—Muy arisca sois para figonera.

FIGONERA. —Soy... como me cumple. ¿Qué pensáis vos?

FORASTERET.—Es que vuestro oficio es de más agrado y fina voluntad con los bebedores.

FIGONERA. —Lo será en vuestro solar.

FORASTERET (Insinuante).—¿Y en Valencia?

FIGONERA (En jarras. Muy resuelta).—Allegaos a mi saya con la punta de los dedos y sabréis lo que pasa en Valencia...

(Vase después de mirar al Forasteret con aire de desprecio).

FORASTERET.—Con todo ¡qué gran tierra de buen vivir es ésta, compañeros! ¡Qué luz... qué hermosura en todas partes!

GUZMÁN. —Veo que sois hombre razonable. En medio de la tormenta véis y alabáis al sol... ¿Pero buen vivir decís? Yo procuro aprender esa regla donde quiera que voy. En el Azoguejo segoviano, en el Potro de Córdoba, en los Percheles de Málaga o en las Ventillas de Toledo he sabido vivir bien, aleccionándome primero.

EL PELAT. —¿Y en la Olivera de Valencia?

GUZMÁN. —También en la Olivera; que he dado con un récipe, que acaso ignoráis, aunque lo pongáis por obra.

BOCATORTA.—¿Récipe de bien vivir? Daca, daca...

GUZMÁN. —Escuchadlo atentos, que en la lengua vuestra va y no podrá ir a vuestro gusto siendo yo novicio en ella. Dice así:

Qui viu en lo mon com vòl,
s' en va si te sòn al llit
(no fa al cas, si no es de nit),
si te fret s' en ix al sòl,
de tot quant li pòt fer dòl
fuig, y s' en va al Grau o al riu
ben fresch, y de tot s' en riu,
va als balls, y ab bòn tròç de pa
rust la carn, que bé li fa,
ya no es mòr...

TODOS. —¡Ah!...

GUZMÁN. (terminando, después de pedir silencio con las manos).

¡en tan que viu!

(Todos ríen y reanudan el juego y el beber.)

FORASTERET (a Bocatorta).—¿No hemos hecho juntos muchas leguas de mar?

BOCATORTA.—Bien pudiera ser, que he navegado largo y con hartas gentes.

FORASTERET (receloso y mirando alrededor).—Digo en las galeras de Su Majestad...

BOCATORTA.—Ahí digo yo, asimismo, que sólo en tal guisa pudiera yo darme el gusto de ver tantas tierras y tantas aguas.

EL PELAT. —Habréis granjeado con méritos de la industria el pasaje (señas de robar y matar).

FORASTERET.—Como cada quisque...

EL PELAT .—Veamos, si puede saberse...

BOCATORTA.—El afán de poseer muchos retratos del Rey Nuestro Señor, en medallas, me llevó a intentar el arte de la moneda, y cuando ya excedía yo en perfec-

ción, como si otra cosa no hubiera hecho en mi vida, que de este modo hurtaba yo a los riesgos y malandanzas de la existencia ganada en el rapiñar o en la carteta, cogido fuí y honrado con un remo de los mejores en la mejor de las galeras del Rey.

FORASTERET.—Cofrades de la chusma somos, y encallecido hemos las manos en el mismo alto oficio de llevar avante la nave del reino (rien todos).

GUZMÁN. —Vuestra serenidad me hace pensar que... ¡aún no habéis remado bastante!... (rien todos). Catad, que, al entrar en Valencia, he visto cómo en la plaza del Mercado se alza permanente la horca. Quiere decir que aquí la Justicia no sestea...

BOCATORTA.—Pues yo os digo que si en algún paraje del Reino puede andar la briba a gusto es en esta Valencia, singular en todo.

GUZMÁN. —La horca es de palo en todas partes.

EL PELAT. —Cierto que sí.

BOCATORTA.—Mas no en todas partes hay gentes nobles y grandes de nacimiento y de corazón, que miren como honra asistir y acompañar al condenado, ni recoger y dar piadosa sepoltura a sus despojos, para disputárselos, por piedad, al cuervo carnicero.

FORASTERET.—¿De modo, que aquí la horca es ventaja?

BOCATORTA.—No; sino que no hay en Valencia desamparados, ni aun los que en la horca mueren, porque la Madre de Dios no ha querido.

GUZMÁN. —Y la Señora sabrá quién de entre todos la ha menester más, que tal cuelga del palo, si bien se arrepiente, que pudiera hacer morisquetas en la otra vida al que lo condenó.

FORASTERET.—¿Y todas esas filosofías no deberían parar en andar derechos en la vida?

EL PELAT. —Acaso; pero lo que os puedo decir es que, si no hoy, tiempo ha de venir en que no haya desamparo, que—dice bien el amigo—puede no ser el mayor

Foto. Novella.

EL PELAT.—Sr. M. de Navarrete.

el haber llevado un rato al verdugo a la gigantilla, que no haya desamparo, digo, que no se vuelva a la Madre de Dios buscando remedio...

FORASTERET.—Ya no os falta sino decir que hay una Virgen para los ladrones.

GUZMÁN. —Poco sé al auto; pero ladrones hay de dos castas. Mirad al Calvario.

BOCATORTA.—Eso. Lo que hizo el Hijo. ¿Cómo no lo había de seguir la Madre?

FORASTERET.—¡Bueno va!... Pero a lo menos no negaréis que esa Virgen mira solo a los sentenciados a la última pena...

GUZMÁN. —Y... ¿conocéis vos algún nacido de madre que no lo esté?

FORASTERET (Burlón).—¡Fiaos de la Virgen!...

BOCATORTA.—Pues ahora os digo que pongais en vuestras palabras tiento, porque hay un algo dentro de mí, ladrón y galeote como soy, que viene de no sé donde, y que no sé lo que es, pero que os dice: Vive Dios, que si bromeais con la Señora, vais a hacer que me ampare antes de lo que esté escrito, porque os acogoto...

FORASTERET (Bromeando siempre). ¡Válame Nuestra Señora de la Horca!...

BOCATORTA.—En la boca llevais la sentencia (Va acometerle con una banqueta en alto. Todos están de su parte).

GUZMÁN. —¿Qué vais a hacer? (Al Forasteret.) Filad si tenéis en estima el pellejo, y mirad que en Valencia hay dos o tres cosas que no pueden ser: una es esta... Fiaos de la Virgen... y corred ahora.

FORASTERET.—Decís verdad. En la Olivera nos veremos, seor Escapulario (A Bocatorta).

BOCATORTA.—En la Olivera. Y allí... ¡Dios te salve! (Vase Forasteret. Siguen todos jugando).

ESCENA III

MIGUEL. —¿Pasáis a Madrid, señor mercader? Parecióme oir...

ESTÉFANO. —Bien oisteis. A la Corte voy, con recaudos de mi padre, cuyos años no son ya, por ser muchos, para andar en posadas...

MIGUEL. —Y, entonces, ¿podriais portearme una epístola para el mío, a quien me apremia dar la nueva de mi rescate?

ESTÉFANO. —¿Rescatado habéis sido?

MIGUEL. —Con los otros, que ayer ganamos tierra en las playas de Denia, señor mercader. ¡Cinco años y medio de cadena y de bárbara esclavitud en manos mahometanas!

ESTÉFANO. —No es esta la primera reconquista de cristianos que hace Fray Juan Gil de la Trinidad. Le conozco bien, como a otros trinitarios y mercedarios que en tal caridad se emplean. Merca en mi casa los lienzos para vestir al desnudo cautivo, como le consuela triste y rescata. Por mi fe que os portearé la misiva, que más servirá para encender el impaciente deseo de los vuestros.

MIGUEL. —Así la Madre de Dios os lo premie, sin que ello estorbe a mi paga, en lo que digáis y sea de razón, que también de este cautiverio chico de la deuda con vos me sacará Fray Gil, como del grande se ha servido librar a este infortunado. Mientra escribo, ¡Hola!... ¡una foja, tinta y pluma cortada!... ¡Pero no la de las cuentas de vuestro patrón, que no tendrá costumbre de decir verdad, acaso!...

(Le trae todo la Figonera. Miguel escribe. Pausa). ¿Cuánto, al cabo, pagará este pliego por llegar a las manos a que se destina?

ESTÉFANO. —Si vos no fuerais un cautivo que vuelve y yo un valenciano que pretende contentar a la que mira

Foto. Novella.

LA GITANILLA.—Srta. Gabriela Ibáñez.

por los desterrados en este valle de lágrimas, quizá no tendría Fray Gil doblas bastantes... Pero haceos cargo que vuestra epístola anda ya de camino, como si por mi propio hermano estuviera escrita. Dádmela, amigo...

MIGUEL (estrechándole las manos).—Un mercader que busca en el cielo el tanto y cuanto... ¡A Valencia habría que venir a buscarlo! Dejad que la repase... (lee a media voz). Padre y señor: libre soy, al cabo, y respirando las suaves auras de la libertad os escribo, ya en tierras de España y en esta copia del Paraíso, que es la noble Valencia.

Vea vuestra merced cómo le dirá tan grande nueva a la señora madre, que no quisiera traer más lágrimas, ni aún de contento, a quien tantas y tan amargas habrá vertido en casi seis años de guerras, heridas, cautiverio y, en suma, ausencia, que más grave mal que otro alguno es, porque todos los agiganta y envenena. Decidla, aunque ella bien lo sabe por discreta y piadosa, que la Madre Santísima que no recobró a su hijo, sino en el Cielo, a sus brazos me vuelve, que no es chica merced, aunque algo maltrecho; pero mejor parece llevar cruz que expirar en ella.

Con la esperanza de tenderos pronto los brazos y besaros sumisamente ambas manos, pide a vuesa merced la bendición su hijo.—Miguel de Cervantes. (La cierra).

Tomad, señor...

ESTÉFANO. —Estéfano... Estéfano Arraguces, a vuestro mandar.

MIGUEL. —Tomad, pues, micer Arraguces, y si mis votos se cumplen, volveréis pronto sano, que si tornáis amarillo sea de la copia de oro, y si tarde, del mucho peso de la pecunia.

(Besa la carta y la entrega al mercader, que la guarda en el pecho).

¡Vuestra es!

ESCENA IV

Oyense músicas populares y ábrense paso entre el gentío las gitanas, acompañadas de «La Gitana vieja», «La Gitana que canta» y «Preciosa».

El pueblo las rodea y jalea mientras ellas bailan. Terminado el primer baile, la Gitana que canta dice las siguientes

COPLAS

Bailaba yo aquella tarde
y estabas entre el gentío;
al ver mi baile garboso,
moreno gracioso,
con el baile te hice mío;

cuatro vueltas pide mi bailar
y mi amor cuarenta,
lo que va del bailar al querer
echa tú la cuenta.

—

En la plaza al otro día
volví a bailar y no estabas,
y tuve el paso premioso,
moreno gracioso,
porque tú no me mirabas;

cuatro vueltas me viste bailar
y más no has querido,
lo que va del bailar al querer
al cabo he sabido.

—

(Se repite el baile. Acabado, la Preciosa dice)

PRECIOSA. —¿Ninguno de usarcedes tiene la curiosidad de conocer su sino?

VIEJA. —Denle, denle las manos, y algo bueno con que hacer en ellas la cruz y verán primores, que tiene

una labia y ciencia, que más parece dotor de la Cámara de S. M. que moza gitana...

PRECIOSA. —(Parándose ante Miguel). Si no por la ropa, por otras prendas, parecéis aparte en el gentío... ¿Daisme la mano, rubio galán?

MIGUEL. —Por lo pasado saco mi porvenir, graciosa. También sé yo mucho, como tú.

PRECIOSA. —¿Y vos qué sabéis? La gitanería no es para todos...

MIGUEL. —Cierto. (Ríe). Aunque a muchos embauque, que no a mí. (Le vuelve la espalda).

PRECIOSA. —Dejadme, y no pongáis ese ceño de recaudador de alcabalas, que no os está bien.

(Le coge una mano. Hace una cruz con el colgante de alguna de sus ajorcas, y después de un instante dice):

Caballero, caballero,
el de la mano horadada,
el de cabello castaño
y barbas en que la plata
vergonzando va su albura
del oro entre la prestancia;
cuerpo ni grande ni chico,
la color viva, antes blanca
que morena, como aquel
que no le dió el sol en cara.
Ojos alegres, que ahondan
donde quieras que se clavan,
con mirada zahorí,
pues tienen niñas... gitanas.
Hombre de letra y soldado:
si al luchar, la hoja acerada
en tu diestra fué una pluma
(que a los bravos no le cansa)
será al escribir tu péñola
tajante como una espada:
ora poeta que combate
o ya soldado que canta.

Ejerciendo ambos oficios
más cosecha habrá de fama
que de dineros, que a tí,
como a otros de tu calaña,
juntas te acechan solícitas,
con ayes de enamorada
y con suspirillos tiernos,
cierta altisonante dama
que gusta mostrarse esquiva
a quien ronda con más ansia,
y una moza que se muestra
decente o desvergonzada,
según de noble o de pícara
tenga el abolengo y traza,
¡Una se llama la Gloria!
¡Miseria la otra se llama!
Con ambas desposarás,
a su turno y por su gana
y por ambas el aplauso
de los mundos, se te abra,
que la gloria es miserable
cuando sin virtud se alcanza
y la miseria es gloriosa
para quien sabe llevarla;
mas tu gloria será tal,
y en tal guisa dilatada
que muchos, sin conocerte,
habrán de rendirte parias...
¡por no pasar la vergüenza
de confesar su ignorancia!
De tu sangre se henchirán,
pelícano de tu raza,
aunque nunca lo confiesen,
mil ingenios calabazas;
te envidiarán los más altos,
porque tú les aventajas,

Foto. Cabedo.

CUADRO II.—La Procesión.

aunque pondrán en la envidia
sin quererlo, la alabanza. (Pausa).
Un libro que has de escribir
conquistará para España
las lenguas de entero el orbe
que en él serán empleadas,
y así alabarte podrás
si la vanidad te gana.
¡Solo el Christus y tu libro
juntaránse en tal ventaja!
Te han de cubrir de laureles
y monumentos y estáutas,
y aun esos serán tardíos
premios para tus hazañas,
que, siendo prontos, a fé
que poco provecho te hagan,
que estofado de laurel
y sin lomo... no es sustancia.
Y, en fin, más grande que tú
no ha de serlo ni tu Patria,
porque sois tan pariguales
que guardará semejanza
decir España o tu nombre,
decir tu nombre... o España.

MIGUEL. —¡Donosa buenaventura! Y ved; a fé que en lo de la miseria acertaste de presente. Ni un cornado te puedo ofrecer por tu donaire.

PRECIOSA. —Ni ello es preciso. El cornado, y muchos cornados, ya saldrán de las faltriqueras de los que dan dineros por falta de otra cosa que dar...

VIEJA. —Apartad, y no perdais el tiempo con pelagatos. Donde no hay dádiva no haya romance ni profecía, que los abaceros y hostaleros no cobran en coplas.

PRECIOSA. —Pues os digo, tía, que éste tal merece mejor trato que el que le dais, a fé de Preciosa.

VIEJA. —¿Y qué sabes tí, mocosuela?

MIGUEL. —Pues yo os digo a vos, que vengo del mismo infierno (santíguase la vieja)— y bien poca mentira os digo—y no he visto allá diablo moruno peor encarado que vos; y a tí (a Preciosa), discreta y amable criatura, que si como en lo de la miseria, acertases en lo de mis venideras escrituras y en lo de la fama que me hayan de traer, que en una de ellas estará tu nombre al frente y así corra por el mundo, honrada y alabada, Preciosa la gitanilla (Vase Miguel).

PÍCARO 1.°.—Pero, ¿y mi buena ventura?

PRECIOSA. —¿La vuestra? Servir al Rey en la marina.

PÍCARO 1.°.—¿Y qué más?...

PRECIOSA. —Sentado...

PÍCARO 1.°.—¿Y qué más?

PRECIOSA. —Remando...

PÍCARO 2.°.—Para que os embobéis. ¿La mía, Preciosa? (quitando el puesto al pícaro 1.°).

PRECIOSA. —¡Fu!... ¡que oléis a cáñamo!

PÍCARO 3.°.—¿Y a mí, que suspiro por vos, gitanilla?

PRECIOSA. —Oiga, que tierno... ¿Suspiráis por mí?

PÍCARO 3.°.—Os juro...

PRECIOSA. —Mientras no os disciplinéis por mí os descreo.

VIEJA. —Pues andad, que no faltará verdugo que le azote.

PÍCARO 3.°.—El mismo que emplumaros ha, bruja...

(Oyense los pífanos del cortejo de la Virreina y vanse las gitanas. El pueblo abre paso a la comitiva. El cortejo de la Virreina está formado por el siguiente orden: dos pífanos y dos tambores, seis pages, silla de manos con la Virreina y el Caballero al lado, pie a tierra; siguen las ocho damas y detrás seis arqueros. Una vez instalada la comitiva en el estrado se oyen los clarines y timbales de la Ciudad y empieza a desfilar la procesión de cautivos por el siguiente orden: Timbal y clarines a caballo, cruz alzada con dos hacheros, 12 niños de la Misericordia, 6 frailes de la Merced, 6 de la Trinidad, Moncada a caballo, 10 cautivos, angarillas con los despojos del Turco, 6 caballeros, 8 clérigos, 6 incensarios, Patriarca Ribera, bajo palio, con el Santo Cáliz, 8 porta-palios, 8 pages, 4 maceros, el Virrey, los 6 Jurados y 8 arqueros. La procesión entra en el convento y al llegar el palio a la puerta, el Patriarca se vuelve cara al pueblo, levanta el Santo Cáliz, los cautivos levantan sus cadenas, se oye dentro el Te-Deum y todas las figuras de escena se arrodillan mientras baja el telón lentamente.)

Foto. Boldún.

CUADRO III.—Grupo de Labradoras.

De izquierda a derecha. De pie: Srtas. Sagrario Planells, María I. Vallterra, Vicenta Aragonés, Concha Tasso, Maruja Serra, María de Arnedo, Carmen de Arnedo y Milagro Montesinos.—Sentadas: Srtas. Joaquina Font de Mora, Rosario Sanchis Creixach, Salud Prósper, Rosario Borso y Josefina Corbí.

JORNADA III

JORNADA III

(Advocaciones de la Virgen)

APOTEOSIS

Gran Templo fantástico, al fondo, en el centro, gran hornacina cerrada por rico cortinaje, a cada lado cuatro hornacinas en las cuales, por transparencia, aparecen las siguientes imágenes: Covadonga, Mercedes, Angustias, Guadalupe, Begoña, Luján, Atocha y Pilar.

Colocados convenientemente en grandes escalinatas todos los personajes del Retablo y a oscuras la escena, se iluminarán las hornacinas de las Virgenes; cuando éstas están a plena luz se ilumina totalmente la escena. Música y desfile de los cortejos históricos de cada región en la siguiente forma: D. Pelayo, un guerrero y pareja de asturianos; Conde de Barcelona y pareja de payeses; Reyes Católicos y pareja de andaluces; Hernán Cortés, un Inca y pareja de mejicanos; Legazpi y pareja de vascos; Mendoza y pareja de gauchos; Felipe III, Lope de Vega y dos figuras de Goya; Agustina de Aragón, Palafox y pareja de baturros; España y Valencia. Apoteosis de la Virgen de los Desamparados y salida del cortejo de labradoras valencianas con la Señera y cestos de frutas, flores, cerámica, sedas, etc.

Al descubrirse la Imagen de Ntra. Sra. de los Desamparados, España cae de hinojos.

MÚSICA SUAVE.

ESPAÑA

Deu et salve Reina meua
de Misericòrdia Mare
vida viva, dolçór dolça
¡Deu et Salve!
A Tu cridém, esperança

nòstra, que les nòstres llágrimes,
per pèrles de ta corona
arreplegues i consagres
collint del vall del dolór
les ròses mes arruixades.
Celestial procuradora
del sentir y les fasanyes
dels meus fills, Verge María,
¡oh, milacre dels milacres!,
que sent foscór de mistèri
de llum enlluernes les ánimes
¡Deu et Salve!
Gira els ulls cap a nosatros,
els ulls que alegres miraren
obrirse els del Jesuset,
de que Deu et va fer Mare,
per a vórelos tancar
després en la mòrt infame
i gloriosa de la Creu;
gíralos, Reina dels Angels,
els ulls misericordiosos,
Patrona de les Espanyes,
que als teus pèus i tremolant
están, en les mans plegades,
perque esperen la mirada
que salva als pòbles, pregante:
¡Deu et Salve!
Míram, reina; míram, mare
i em vorás, trista de mí
clavada en creu de desgracies,
pero demanante gracia
primer per els qu' em clavaren,
que entre ells pòt ser que algún fill
meu, estiga... ¡i soc sa mare!
En ta llengua valenciana
vullc resarte.

Foto. Cabedo.

CUADRO III.—Apoteosis final.

En la llengua de Vicènt
i en la de Jofré et demane
que com a desamparats
en destèrro, nos ampares,
mostranmos a Jesucrist
beneit fruit de les entranyes
que foren Custòdia viva
de l' Hòstia de carn que alçaren
el amór de Deu triumfant
i el rencór inexplicable
damunt de aquella montanya
que es huí del mon tabernacle.
Móstranos al teu Jesús,
mare dolça entre les mares,
Reina meua, que m' aufeguen
la pòr, el dubte, les ansies,
de no tornar a ser may
lo que sòls Tú pòts guanyarme
Dels Desamparats amparo
Reina meua, mare nostra,
¡Deu et Salve!

TODOS

¡Salve, salve!

(Lluvia de hojas de rosa y telón lento.)

Acabóse de imprimir este Retablo, escrito expresamente para las fiestas de la Coronación de la Virgen de los Desamparados, en la imprenta del Hijo de F. Vives Mora, calle de Hernán Cortés, núm. 8, de la insigne y coronada ciudad de Valencia, el día XXVIII de junio de MCMXXIII

L. ✠ D.